

Abelardo y la educación en el siglo XII.¹

Abelard and education in the 12th century

Abélard et l'éducation au XIIe siècle

Abelard e a educação no século XII

Julián Andrés Escobar Gómez²

Cómo citar este artículo: Escobar-Gómez, J.A.(2021-2). Abelardo y la educación en el siglo XII. *quaest.disput*, 14 (29), 42-56

Recibido: 31/03/2021. Aprobado: 21/10/2021.

Resumen

En el presente documento procuraremos ahondar en el tema de la educación en el siglo XII haciendo énfasis principalmente en la influencia que ha tenido el filósofo Pedro Abelardo sobre el modelo de enseñanza que imperaba en aquella época y cómo se ha roto una tradición de enseñanza en dónde se privilegiaba la Lectio Divina para transformarla en la Quaestio, Disputatio y la Inventio, siendo esto una revolución educativa que, en efecto, ha generado una revolución educativa, aunque ha desembocado en la condena al silencio perpetuo para el filósofo Abelardo. Ello no implicó que sus estudiantes no hayan conservado una buena parte de sus escritos y que, en la actualidad, todavía recordamos las enseñanzas que nos ha dado este personaje histórico.

Palabras clave: Abelardo, educación, debates, fe - razón, autoridad.

Abstract.

In this document we will try to delve into the subject of education in the twelfth century, emphasizing mainly the influence that the philosopher Pedro Abelard

1 Artículo de Reflexión

2 Licenciado en filosofía de la Universidad de Antioquia. Actualmente es tesorero del Centro de Estudios Clásicos y Medievales Gonzalo Soto Posada (Cesclam GSP). Correo electrónico de contacto: julian.escobarg@udea.edu.co. ORCID. 0000-0003-1113-244X



has had on the teaching model that prevailed at that time and how a teaching tradition has been broken where *Lectio Divina* was privileged to transform into *Quaestio*, *Disputatio* and *Inventio*, this being an educational revolution that, in effect, has generated an educational revolution, although it has led to the condemnation of perpetual silence for the philosopher Abelard. This did not imply that his students did not have preserved a good part of his writings and that, today, we still remember the teachings that this historical figure has given us.

Keywords: Abelard, education, debate, faith - reason, authority.

Résumé

Dans cet article, nous tenterons d'approfondir le thème de l'éducation au XIIe siècle en mettant l'accent sur l'influence que le philosophe Pierre Abélard a exercée sur le modèle d'enseignement qui prévalait à l'époque et comment il a brisé une tradition d'enseignement où la *Lectio Divina* était privilégiée pour la transformer en *Quaestio*, *Disputatio* et *Inventio*, ceci étant une révolution pédagogique qui, en effet, a généré une révolution éducative, bien qu'elle ait conduit à la condamnation au silence perpétuel du philosophe Abélard. Cela ne veut pas dire que ses élèves n'ont pas conservé une bonne partie de ses écrits et que, de nos jours, nous nous souvenons encore des enseignements que ce personnage historique nous a donnés.

Mots clés: Abélard, éducation, débats, foi-raison, autorité.

Resumo

Neste artigo tentaremos aprofundar o tema da educação no século XII com ênfase na influência que o filósofo Peter Abelard teve no modelo de ensino que prevaleceu nessa altura e como este quebrou uma tradição de ensino em que a *Lectio Divina* teve o privilégio de a transformar na *Quaestio*, *Disputatio* e *Inventio*, sendo esta uma revolução educativa que, de facto, gerou uma revolução educativa, embora tenha levado à condenação ao silêncio perpétuo do filósofo Abelard. Isto não implica que os seus alunos não tenham preservado uma boa parte dos seus escritos e que, hoje em dia, ainda nos lembramos dos ensinamentos que esta figura histórica nos deu.

Palavras-chave: Abelard, educação, debates, fé-razão, autoridade.

Introducción

Pedro Abelardo ha sido condenado por el concilio de Sens (1140) al castigo del «silencio perpetuo». Tanto él como su obra han recibido esta pena por las tesis, ideas y postulados que plantean contra diferentes nociones de la Iglesia Católica de la Baja Edad Media. Este filósofo ha creado una ruptura en la cultura de lo que históricamente se ha denominado el oscurantismo, arrojando su luz sobre su época y dejando las bases de lo que hoy se conoce como el primer renacimiento. Él representa uno de los pilares del movimiento de dialécticos del siglo XII y gracias a sus discípulos hemos logrado conservar una parte de su obra. Los diferentes debates que se establecieron en la naciente Escuela Catedralicia de París estribaba en los más diferentes temas: debates entre seguir la autoridad de la fe o aquella de la razón, Diferentes modos de aprender: en algunas se privilegiaba la tradición, la oración y (si se nos permite) la repetición de los saberes que ya se habían establecido anteriormente; en algunas otras comenzaba a introducirse la razón como un elemento que serviría, en efecto, a introducir nuevos caminos de interpretación y en dónde se podría cuestionar esa tradición: en definitiva, los moradores del siglo se dieron cuenta que era posible otra forma de ver el mundo que no implicaba el desvelo por lo religioso o la vida monacal: por fuera del monasterio también podían encontrar medios para subsistir. Aunque esto no ha beneficiado demasiado a la Iglesia, sí podemos afirmar que ha contribuido a pensar de otra manera los procesos educativos y las nuevas adquisiciones de conocimiento.

Sin embargo, debemos formular una pregunta: ¿cómo pudo un monje benedictino, un abad de la misma Iglesia católica, el más grande dialéctico de su época, provocar tal ruptura que le mereció el castigo del silencio perpetuo? Entre la gloria y la desgracia, la fama y el silencio, vive este hombre medieval defendiendo una sola idea: la autoridad de los textos eclesiásticos y de los clérigos del momento no sirven de nada si no se utiliza el ingenio para mirar de una forma más racional lo que otros ya han comentado: no se pretendía darle un matiz de renovación o de reforma a lo ya establecido, sino que, en nuestra perspectiva, se pretendía reforzar con argumentos más sólidos lo que la iglesia ya había enseñado en los siglos precedentes. No al cambio de contenido, sino al cambio de metodología para la exposición de lo que se establece como cierto: he ahí el quid del asunto.

Más vale ser sabio (tal como lo plantea el maestro Eckhart un par de siglos después) e ingenioso que recitar la *lectio* que durante mucho tiempo ha dominado las cátedras universitarias y la manera como se concibe la enseñanza, pues con ésta solo recita lo que ya está escrito sin mencionar nada nuevo. La *lectio*, comprendida como el ejercicio complejo de contemplación de la palabra escrita, no servirá de nada si a ella no se le aplica la *quæstio*, la *disputatio* y la *inventio*,



método de enseñanza instaurado por Abelardo en la naciente escuela de París. El método llevará al filósofo a la buena reputación y la estima por parte de sus discípulos, y a la persecución y desprecio por parte de sus contradictores y superiores. Además, Abelardo va a instaurar un nuevo modelo de moralidad a través de su denominada «ética de la intención», al menos así nos lo plantea José de Jesús Herrera Ospina (2010: p. 96) cuando dice: *El planteamiento ético de Abelardo es crítico del momento histórico, y aunque es cristiano, no deja de ser también un rescollo de crítica al cristianismo desde una visión racionalista propia de la filosofía*. He allí la problemática que abordaremos en las siguientes páginas. Hemos de dividir el presente documento en dos partes diferenciadas: en la primera acabaremos de definir y precisar el dilema que hemos expuesto en esta introducción, asistiendo a varias fuentes que nos servirán de fundamento tanto filosófico como histórico en esa delimitación; en la segunda parte abordaremos y profundizaremos en la cuestión de la enseñanza, el modelo planteado por Pedro Abelardo en la naciente Escuela Catedralicia de París y varias de las influencias fundamentales que ha tenido tanto el modelo de enseñanza como esta escuela en el futuro de Francia.

Primer acercamiento al autor: la epístola prima.

Al referirnos a la actividad filosófica que se estaba gestando en el siglo XII, tendremos que referirnos casi por obligación al pensamiento de Pedro Abelardo, máximo representante del movimiento dialéctico de su época; insigne también por *marcar un giro radical en los tratados morales, al proponer una reflexión ética nacida de la interioridad humana* (Herrera Ospina, J. 2010: p. 83). Ambas cuestiones podemos verlas perfiladas, entre muchas otras, en la «Epístola prima: *Quæ est historia calamitatum Abelardo, ad amicum scripta*», simplificada a otras lenguas como *Historia Calamitatum* (H.C. de ahora en adelante)³. Aquí se intentará mostrar cómo ambas perspectivas influyen directamente en la noción de enseñanza, abordada por el autor de una manera marginal en sus lamentaciones y ampliada en otros dos textos suyos, los cuales son, a saber: *Ethica seu liber dictus scitu te imsum* y *Dialogus inter philosophum, judaeum et christianum*. Los aportes de este pensador, de este intelectual que perteneció a la orden benedictina, han marcado un hito en el modelo de enseñanza-aprendizaje que imperaba en la época. ¿Cuál ha sido este aporte y cuál es ese cambio de modelo? He ahí lo que hemos de abordar en las siguientes páginas.

El texto referido (H.C.) nos es legado a nosotros como una autobiografía del filósofo. Se dirige a un amigo, aunque no se menciona su nombre, y elabora una detallada narración de los hechos que ha vivido a lo largo de su carrera como docente en

3 En su versión en español este texto aparece bajo el nombre de “Historia de mis desventuras”, derivando este nombre de la versión francesa la cual se conoce como *L’histoire de mes malheurs*. Para la versión en español hemos seguido la traducción de José María Cigüela.

la naciente Escuela Catedralicia de París. Menciona, entre otras cuestiones, cuál era su fama, su renombre dentro de la escuela y la sociedad de ese momento: él representaba uno de los docentes más célebres y aclamados de esa época, no solamente por su sabiduría y el cargo que fungía en términos de educación, sino por la fama de castidad que rodeaba su nombre, su figura; habla acerca del cómo se enamoró de Eloísa, la sobrina de un canónigo, una mujer reconocida por su sabiduría, su hermosura y su juventud; las persecuciones a las que fue sometido por algunas personalidades de la época como lo fue Anselmo de Laon, sobre quién dirá en esta H.C.: *el fuego que encendía con su ciencia sólo llenaba la casa de humo pero no alumbraba*; y también cómo, posteriormente a ciertos eventos que ha vivido, se dedica por completo a la oración, desde la soledad de un monasterio. Marca, de esta manera, los tres momentos más representativos de su vida: Abelardo como educador; Abelardo como amante; Abelardo como un monje. Además, debemos resaltar allí otro tipo de comentarios, como lo es el de Paul Zumthor (1950: p. 25) cuando dice:

Reducido como es frecuente, a la anécdota, raya si no en lo burlesco sí con lo descarado. Lo que nos es narrado en este texto que se presenta aquí excede, por su ambigüedad, toda clasificación: tragedia (en el sentido medieval del término: acción en desgracia), pero también comedia, en conclusión, divina comedia... y, casi inevitablemente, el lector le inviste su propia ideología.

En cierto modo, este autor suizo, nacionalizado en Canadá, nos señala un hecho importante importante: la ambigüedad del texto presentado como la correspondencia entre Abelardo y Eloísa aún no se ha resuelto en la historia. ¿Qué se quiere decir con ello? Nuestra respuesta: hay quienes piensan que la historia entre estos dos personajes medievales no es más que una invención de los monjes donde ellos vivieron (posiblemente en Chartres) pues creen que una historia tal no puede ser real: ningún humano podría soportar la persecución a la que ambos fueron sometidos. Muchos han revestido hoy con los nombres de Abelardo y Eloísa a esos personajes históricos (tal vez inventados), pues, consideran imposible que toda una época confluye en la caracterización de una invención humana sin ningún fin en específico. Están presentes los concilios⁴ con los cuales fue condenada la obra abelardina junto con su autor; los manuscritos de sus obras también están presentes, y durante muy buena parte de los años siguientes a la muerte de ambos se recogieron los poemas de ese amor lejano, casi imposible para ellos pues buena parte de los enamorados de la época los utilizaban para fortalecer el eros en su noches de entrega. Muchos preferían, gracias a Abelardo a la diosa Minerva en vez de estar en la corte de Marte. Tal como nos lo menciona Zumthor (1950: p. 38):

4 Véase el concilio de Sens en dónde le condenaron al silencio perpetuo.



La correspondencia nos fue conservada por numerosos manuscritos, cuyo arquetipo parece ser el que posee la biblioteca de Troyes, bajo el número 802, y que fue copiado al final del siglo XIII: ciento cincuenta años después de los hechos que relata.

Aunque ambos puntos pueden ser defendidos (la inexistencia o existencia de ambos personajes), optamos por la segunda postura a causa de la documentación que hace pensar que efectivamente esa es la perspectiva más viable. Además, los cambios en la política, la enseñanza, la cultura, y la forma de ver el monacato saltan a la vista al contemplar la teoría que nos ha sido legada gracias a las disputas dialécticas de aquél autor. El lector podrá preguntarse cómo puede ser posible que hoy conozcamos las obras de Abelardo si ha sido condenado al silencio perpetuo, en varias ponencias académicas, investigadores como José de Jesús Herrera Ospina, quien se doctoró en estudios abelardinos, y Gonzalo Soto Posada, doctor en filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, nos mencionan que las obras de aquél filósofo fueron guardadas en un monasterio benedictino cercano a Troyes, probablemente por varios de sus discípulos. Además, puede resultar un tanto irrelevante el hecho de cómo hemos conocido el contenido de tales obras, pues también J-P Migne, en el tomo CLXXVIII de su colección titulada *Patrología Latina*, nos ha heredado los escritos abelardinos en latín. He ahí que pueden ser diversos medios los que nos han hecho llegar la obra de este filósofo medieval.

Además, los escritos lógicos escritos por Abelardo en el *Sic et Non*, tan profundamente criticados por Bernardo de Claraval⁵, nos muestran otra faceta del autor. Pues no solamente se recogen allí los principales argumentos de la lógica de este autor, sino que amplía su perspectiva acerca de la *quæstio*, la *disputatio*, y la *inventio*, método de enseñanza que revolucionó ese siglo y que se profundizó aún más en el siguiente con el italiano Tomás de Aquino. Aún podemos decir, al lado de Zumthor (1950: p. 30), lo siguiente para salvar a este exponente de la dialéctica:

Poco importa: narración ficticia o confesión autobiográfica, el texto trae su propio sentido, engendrado en este lugar utópico donde resuenan en él los ecos de un mundo (aquél del siglo XII, del siglo XIII) contra el cual se constituye asimilándose. Abelardo y Eloísa (yo designo así los personajes revestidos de esos nombres) se ordenan en la larga lista de clérigos y de clérigas que unen a través del espacio el lugar epistolar y alguna ternura, desde san Jerónimo y Eustacia, Fortunan y sainte Radegonde. Pero el marco medieval de la carta, que desde hace cinco o seis siglos constituía un género definido por una verdad canónica, y próximo al ensayo moderno, exigía al espíritu un andar de análisis, luego de síntesis, propio a ayudar lo que, en nuestro tiempo, aparecería como confesión; y

⁵ Al menos así nos lo plantea Jose de Jesús Herrera en sus investigaciones al respecto de las disputas entre Abelardo y Bernardo de Claraval.

la lengua latina que empleaban esas correspondencias, suavizadas por una más rica experiencia, sensibilizada por el uso bíblico, escapaba en aquella mejor que el francés de entonces a la convención y al simplismo.

He aquí que, lo que realmente nos interesa, es poder cavilar, pensar, reflexionar acerca de un tema tan importante como lo es el desarrollo de la educación y los principales debates que se tenían en torno a la misma en aquel siglo y que nos hace visualizar otra perspectiva, un cambio metodológico dentro de los procesos de enseñanza-aprendizaje que, efectivamente, han contribuido con el inicio de la fundamentación de las Escuelas Catedralicias, algunas de las cuales, han mutado en Universidades que incluso hoy funcionan todavía y que nos han mostrado ciertos caminos, ciertos usos y vías que han transformado la educación tal como la conocemos en la actualidad. Sin llegar a mencionar que tales métodos de enseñanza puedan o no aplicarse a la época actual, en la cual la tecnificación y la virtualización de muchos procesos exigen plantear aristas diferentes dentro de la consecución de una educación más laical, más humana, más diversa, sí podemos mencionar que tales ideas nos han ayudado a desarrollar y plantear la educación desde sus diferentes perspectivas y contextos. Poco importa si realmente existió o no Abelardo y Eloísa (preferimos pensar que así lo fue): estas fuentes de discusión, estos cambios en los modelos de enseñanza deben enseñarnos algo y es justo lo que estamos pretendiendo consolidar con el presente artículo: no siempre debemos apegarnos a lo que es tradicional en la escuela, en la educación, sino que siempre debemos pensarla como un lugar de encuentro en dónde se revoluciona la sociedad, en dónde podemos instaurar los elementos mediante los cuales transformaremos la realidad del mundo. Tal vez sea un tanto idealista este asunto, no obstante, con los diversos y apasionados debates que se gestaban en el siglo XII, tal como nos lo plantean varios autores de la talla de Gonzalo Soto Posada o José de Jesús Herrera Ospina al traer al presente aquellas discusiones, podremos observar que, en efecto, la educación marca hitos en la historia de la humanidad.

Primer acercamiento a los postulados del autor y del siglo XII: la cuestión de la enseñanza.

Ahora, ahondando un poco más dentro de la temática que venimos comentando en el presente documento, se hace necesario el introducir desde ahora la situación de la enseñanza de este siglo, para dar algunas luces de interpretación posteriores, a la luz de nuestra investigación actual. Para ello, se hace necesario afirmar junto a Javier Vergara Ciorda (2005: p. 258) que:

El acontecer de los nuevos tiempos le ha despertado (al hombre del siglo XII y XIII) de la somnolencia racional y secular en que le había sumido el monacato sacral,



teológico y fideísta de los siglos VI a XI. Un despertar largo que, sin romper con la tradición teocrática y teleológica, se tornará de un tinte más racional, autónomo, secular y humanista, otorgando al devenir humano un protagonismo desconocido hasta entonces.

En buena medida, ese nuevo despertar del hombre, se debe a la propuesta de la *Quæstio* abelardina y la irreverencia que tenía su autor para tratar a sus maestros, los cuales, poco tiempo después de comenzar a enseñarle se convirtieron en sus más grandes rivales. Al comenzar sus clases con Guillaume de Champeaux, piensa que será uno de sus grandes maestros y que aprenderá muchas cosas de él, sin embargo, poco tiempo después vemos a Abelardo destruyendo, con un nuevo modelo de enseñanza, la teoría de los universales propuesta por su maestro, y lo obligó a retirarse definitivamente de la cátedra de la Escuela Catedralicia de París⁶. La mayor parte de la población de aquella época estaba sumida en la relación entre la vida profética y eremítica⁷, pero con las nuevas contribuciones de la educación, y esta nueva manera de pensar que se introduce en el siglo, se observa que, en efecto, las personas se dan cuenta que hay un tipo de vida posible por fuera de los monasterios: el desarrollo de las artesanías y el inicio de pequeñas comunidades comerciales gestan un nuevo rumbo para el destino del hombre del siglo XII. La humanidad ha comenzado a despertar y, oficialmente, han dado luces de un renacimiento, de una nueva visión del mundo en dónde también había espacio para la razón, al menos para la razón tal como la pensaron ellas: una primitiva que antecede la de los Ilustrados. Ahora bien, con esta nueva forma de ver el entorno, se aprendió a llevar una vida distinta, aunque la espiritualidad monacal siguió con una fortaleza enorme: recordemos que según Diarmaid MacCulloch en su libro *Historia de la Cristiandad*, una buena parte de lo que conocemos hoy como Iglesia se debe a los monjes; además, recordemos que fueron éstos quienes han guardado la obra abelardina tal y como la conocemos en la actualidad.

Si pasamos revista también al segundo maestro de Abelardo, y por lo tanto, segundo gran opositor, Anselmo de Laon, maestro de teología sacra, la ciencia por excelencia en Francia de la Baja Edad Media, nos daremos cuenta que para él también hay ciertos comentarios, ciertas oposiciones y algunas opiniones un tanto radicales, pero, al mismo tiempo, personales dentro de la relación entre estos

6 José de Jesús Herrera Ospina nos ha mencionado este asunto en sus textos intitulados: Triunfo y desgracia en la relación Razón - Amor en Pedro Abelardo.

7 Cabe aclarar que ante nuestros ojos pudiera ser lo mismo cada uno de estos conceptos, sin embargo, existe una investigación en dónde se establecen las luces y las sombras entre ambos conceptos y se establecen, al mismo tiempo, algunas diferencias en este sentido: para ello puede consultarse el texto intitulado De profetas y eremitas: luces y sombras, escrito por Julián Andrés Escobar Gómez.

dos filósofos. Para ahondar en ello veamos el comentario que hace José Herrera Ospina (2010: p. 85), acerca del asunto, haciendo un estudio de la *ratio* en la H.C.:

*«El fuego que encendía con su ciencia, llenaba la casa de humo pero no alumbraba». Se trata de su actitud crítica (la de Abelardo) frente a la actuación de un gran maestro de la *lectio* pero no de la *Quæstio*. Anselmo al igual que Guillaume su rival anterior son maestros que repiten y no crean con su ingenio, son lectores en el sentido negativo del término, es decir, repetidores, no colectores, en el sentido positivo del mismo. A la vez, Abelardo les critica su falta de ingenio, así se explica que les llame «humo que cubre la casa», pero no «luz que alumbra». (...) Anselmo es un árbol grande pero no frondoso, es un maestro de una teología anquilosada por el tiempo pero no de la verdadera Teología creadora que necesitan los nuevos tiempos. Así como Guillaume era el maestro de una filosofía aferrada al platonismo exagerado y no abierta a un aristotelismo o si se quiere a un platonismo más real, el cual se respiraba en la época en la que vivió el palatino y tendrá su resplandor en el siglo XIII con Buenaventura y Tomás de Aquino.*

Allí vemos expresado con gran acierto el pensamiento que tenía Pedro Abelardo acerca de sus maestros, sus dos grandes rivales en los inicios de su carrera y la manera en la cual comenzaba a observar la *Quæstio*. Nos preguntamos e interrogamos si no ha sido por este tipo de crítica que le hace a estas personas que más adelante ha ganado la condena al silencio perpetuo: ¿cómo podría sustentar, argumentar y justificar lo que ha dicho? “Fuego que alumbra pero no alumbra”. Tal vez estas frases nos dejan absortos ante lo que representaron los maestros de Abelardo para él en el momento en el que se separa de la enseñanza que le han impartido para instaurar un nuevo régimen de enseñanza - aprendizaje y se hace una fama justo por ello. Tanto Anselmo como Guillaume son buenos maestros, son mejores recitadores o repetidores de lo que está escrito que ingeniosos a la hora de utilizar su razón para ver otras perspectivas de un asunto en el cual se supone son los mejores. Esto implica pensar lo siguiente: ellos son extraordinarios en lo que hacen, aunque se sitúan en un tiempo pasado, en un método que estaba entrando en desuso, en una metodología de enseñanza que ya no era apropiada para las nuevas luces del siglo. Eran buenos en lo que hacían, pero dejaron que la sombra del atraso les cegara y, en buena medida, su sabiduría no les permitió ahondar un poco más en las nuevas necesidades que estaban surgiendo para la Francia de aquella época. Adoptaron ese modelo de sabios en una época en la cual éste dejó de imperar en la sociedad. Ahora el control estaba en manos de nuevas personas, como Abelardo, quienes se encargaron de llevar hasta nuevos horizontes los procesos de enseñanza y aprendizaje que comenzaban a consolidarse.

Ahora bien, demos mencionar que esta cuestión acerca de la sabiduría la retomará más adelante el maestro Eckhart (2002: p. 85) cuando afirma lo siguiente:



Un visionario no es alguien que percibe cosas que los demás no advierten, sino un ser que capta exactamente lo que resulta esencial en determinado momento y en un lugar específico. No se sitúa «contra la corriente», todo lo contrario, es parte de la corriente generativa del universo. Del mismo modo, un sabio no es alguien que apenas discierne ideas que para otros no existen (ya que «saber» es fundirse con lo sabido), sino el portador de una mente en sinfonía con lo que es preciso saber para disfrutar de una experiencia terrenal incondicionada. La mayoría prefiere mirar y recitar las palabras ajenas. La visión y la sabiduría no han sido dadas para todos.

Podemos decir, con esta última frase, que tanto Anselmo como Guillaume se han quedado en la recitación de lo que ya estaba dado: su intelecto no ha soportado la exigencia de innovar en el conocimiento, de generar lo que aún no ha sido generado y de observar lo que es esencial dentro de lo que se necesita saber. He ahí una cuestión importante: además del cambio en el modelo de enseñanza, también estaríamos hablando acerca de lo que es una nueva concepción del sabio y de la sabiduría. Esto nos muestra que la crítica de Abelardo hacia sus maestros fue radical, al mismo tiempo, ha recibido una condena ejemplar, pero la historia le daría la razón de sus planteamientos. Todo cambio trae consigo cierta oposición y este siglo no ha sido la excepción para ello. Ahora continuemos con nuestra exposición.

Diferencias en los modelos de enseñanza.

A la luz de todo lo que se ha visto hasta este momento aún quedan tres preguntas fundamentales para formular: ¿Cuál es el quid del asunto?, ¿a qué se debe tanto ruido por el cambio existente entre la *Lectio* y la *Quæstio*?, ¿en qué consisten ambas teorías? Aunque los debates son mucho más amplios que lo referente a esta disputa entre estas dos formas de enseñanza - aprendizaje, es necesario que esto represente una de las principales diferencias educativas que se gestan en este siglo. No es lo único que podemos abordar o profundizar, pero sí representa nuestro principal interés en el actual artículo.

En primer lugar, se debe mencionar que la *lectio*, tal como la tradición del Medioevo la concibió, constaba de cinco pasos: 1 – lectura de la palabra (normalmente las Sagradas Escrituras católicas o algún texto de uno de los padres de la iglesia); 2 – contemplación de la palabra en el silencio interior; 3 – reflexión de la palabra; 4 – comentar la palabra con los demás; 5 – oración. Esto daba pie a que las personas solamente recitaran lo que hubiera escrito, en ningún momento se abría espacio para la discusión sobre lo que se está diciendo: podemos entender los pasos del siguiente modo: 1 – Leer lo que está escrito; 2 – asombrarse por la verdad que se ha encontrado allí en el papel; 3 – pensar en el canon de la iglesia y lo que los padres de la iglesia han comentado acerca de eso que leo; 4 – compartir

lo encontrado con los otros; 5 – oración para agradecer los favores recibidos al comprender la palabra. Esta forma de lectura de las Sagradas Escrituras puede rastrearse aún en algunos grupos de estudios bíblicos en diferentes parroquias diocesanas, aunque no es la pauta que marca el paso de la interpretación de este texto: tan solo mencionamos que aún existen ciertas personas que leen de este modo lo que Dios les trasmite por medio de los escritos de diferentes personas que hoy conocemos en un libro llamado Biblia. Véase que, en muy buen sentido, las pretensiones del siglo XII no pretendieron eliminar, suprimir de una vez para siempre la *lectio*, sino mostrar que existían otras formas de exégesis, las cuales pueden vivir paralelamente a las propuestas por la tradición y que, de hecho, pueden ayudarle a estar un poco más fortalecida.

En segundo lugar, la propuesta de Abelardo era, en muchos sentidos, diferente a esto que la tradición monacal había implementado hasta el siglo XII. Para este autor, la enseñanza sólo tenía tres pasos posibles para la comprensión de cualquier tema, sea filosófico, religioso, o científico: la *quæstio*, formular una pregunta acerca de lo que ha leído con anterioridad; la *disputatio*, discusión alrededor de la pregunta formulada (puede recurrirse a los padres de la iglesia pero se intenta tener una mente aguda para descubrir los puntos oscuros o débiles en las teorías de estos); la *inventio*, posible solución o camino a seguir para solucionar la pregunta, teniendo en cuenta los argumentos de la discusión. Puede verse, en esta nueva metodología de interpretación, que ya se acuden a otras formas de lectura, de análisis en donde se privilegia ese procedimiento razonado: hay una discusión y una posible vía de solución a lo planteado bajo una incógnita. ¡Y mucho más allá de ello: se nos sugiere que las Escrituras pueden ser interrogadas! Esta idea nos permite tener un cambio enorme. Para el hombre contemporáneo esto no tendrá ninguna importancia debido a que está habituado a ello y ahora se le ha transformado en parte de su quehacer cotidiano: la duda metódica, el escepticismo, el no creer cuánto escuchar o leer sino asistir a otras fuentes documentales para corroborar lo que ha aprendido: esto hace parte del quehacer cotidiano en nuestra época. No obstante, para el hombre del siglo XII esto era una revolución: ¡se desafiaba la autoridad de las sagradas Escrituras y la de los padres de la Iglesia al pretender utilizar su razón para profundizar en el conocimiento de lo divino!

Como vemos, los dos modelos de enseñanza son diferentes. Mientras que el primero se encarga solamente de reproducir o comprender lo que se escribió por los otros, en el segundo de estos modelos de la enseñanza, se supera esto y se va más allá al cuestionar con la agudeza del entendimiento los vacíos que puedan existir en esos escritos y buscar la manera de solucionar o descubrir el camino para hacer desaparecer esos vacíos. En parte, la *Lectio* divina está incluida en la *Quæstio* de Abelardo, pues, de la lectura, reflexión y contemplación de la palabra surge la pregunta para la siguiente continuar el modelo de enseñanza



de este autor. Tal vez podríamos afirmar de entrada que la falta de comprensión de lo propuesto por Abelardo fue lo que le ha llevado a la condena del silencio perpetuo. ¿Acaso no podría confirmarse, mediante el uso de la razón, lo que los Padres de la Iglesia habían ya asentado como norma de interpretación de las Escrituras? En este debate entre la autoridad de la Fe (*Fides*) y de la razón (*Ratio*) se ha enfrascado una muy buena parte de la atención del siglo XII. Para Abelardo no había cómo separar la razón de la autoridad de la Iglesia, pues sus principios morales le han llevado a ser fiel a ésta, a pesar de las condiciones que le han impuesto y de las persecuciones sufridas. Al menos así lo menciona José de Jesús Herrera Ospina (2009: p. 100) cuando afirma:

La humildad, valor ético fundamental de la existencia, es lo que en labios de Abelardo destila, su fe está, radicalmente, puesta en Cristo y él sólo es un elegido de Dios, aunque se pudiera decir, que todo lo que dice en esta profesión de fe, fue alentado por lo que vivía en su momento, es decir, la persecución de sus enemigos que lo condenaron como hereje, aun así, Abelardo es consecuente con su vida moral, no es doble, ni falaz, es más bien, congruente y consciente de que todo lo que se vive en este mundo tiene que llegar tarde o temprano a Dios, por eso, se afianza radicalmente a Él y a su Iglesia, que no es más que una sola, ni católica, ni ortodoxa, ni evangélica, sino la Iglesia de Cristo, manifestada lógicamente, en este gran ramillete de Iglesias que hoy viven en el mundo.

Tan solo mencionamos que, según esto, no hubo intento de reforma ni de superación de las condiciones en las que se estaba presentando la enseñanza en ese momento determinado de la historia: Abelardo representó un hombre incomprendido que fue condenado y que posteriormente ha resurgido gracias a sus discípulos. En la actualidad se ha reevaluado el papel fundamental de este filósofo para la historia y ha merecido que algunos intelectuales, como Gonzalo Soto Posada, puedan dedicar una parte de sus estudios a este personaje medieval del cual hemos hablado en las pasadas páginas.

Agregamos que, dentro de este debate educativo en el siglo XII no solamente se instaura este nuevo modelo de enseñanza-aprendizaje, sino que se complementa el que había dominado las cátedras universitarias y el estudio en los monasterios en los años precedentes al siglo XII. Con esto planteado en medio de la época en la cual vivió Abelardo, los maestros en las universidades y los monasterios comenzaron a debilitarse, no solamente porque sus aulas se vaciaron para ir a llenar las de aquél francés, sino porque aquellos seguidores de la *Quæstio* comenzaron a interrogar a todos los maestros para probar su ingenio: ellos solo contestaban con la autoridad (*fides-fidem*) que les daba la Escritura (simple recitación del texto), mientras que con Abelardo obtenían la autoridad (*auctoritas*) de la razón/entendimiento. La diferencia entre autoridad (*fides-fidem*) y autoridad (*auctoritas*),

solo es posible reconocerla si se lee con detenimiento la versión original de los textos abelardianos, tal como lo han hecho algunos intelectuales como Gonzalo Soto Posada en sus textos *Filosofía Medieval* y *Diez aproximaciones al Medioevo*, y José de Jesús Herrera Ospina.

Es, en efecto, otra de las cuestiones por las cuales se persiguió a Pedro Abelardo en el siglo XII: mientras que todos sus maestros le pedían muestras de autoridad (*fides-fidem*) para tratar los textos sagrados y las teorías de los padres de la iglesia, él respondía con la autoridad (*auctoritas*) de la razón, reemplazando en su teoría la noción de la primera, por la segunda. Cabe aclarar que la primera de estas nociones está ligada a las diferentes concepciones que imperaban en la época de la teología sacra y la vida monacal. Con la propuesta de Abelardo, las personas de la época supieron entender que podían llegar a la restauración (idea ligada a la perfección del hombre), sin tener que dedicar sus vidas al monasterio, sino que por fuera de éste también había un camino que los podía conducir a ella.

Todas estas cuestiones que se vienen mencionando se encuentran en los escritos de Abelardo anteriores a sus líos amorosos con Eloísa. Esa ruptura producida en la vida de aquél debido a la persecución por parte del tío de aquella (el clérigo Fulberto), y la posterior castración a la que es sometido, lo arroja a otra serie de consideraciones acerca de la filosofía y la teología, aunque sus preocupaciones de siempre lo siguieron hasta la tumba. Para ir concluyendo el escrito se menciona aquí el reclamo que le hace Eloísa cuando Abelardo le pide matrimonio: ella se niega rotundamente a ello porque eso implicaría que él renuncie a ser maestro en la Escuela Catedralicia de París, pues, para ella un maestro es aquél que debe entregarse totalmente a sus seguidores (alumnos): tener una esposa le quitaría todo el tiempo de sus clases: un maestro no puede dedicarse a su esposa y a sus alumnos al mismo tiempo. Tal parece, en esta perspectiva, que se debe privilegiar el amor filial ligado a una esposa, o el amor por la enseñanza, el cual está ligado estrictamente a los alumnos: ¡vaya decisión la que se tomó en este tiempo! Además, había otro elemento que la hacía mencionar estas cosas: la separación y concepción de esposa y amante. Eloísa menciona en la *consolatio* (una carta dirigida a su amado Abelardo) que hubiera sido mejor que siguieran siendo amantes y no esposos, pues los amantes se aman con pasión, lujuria y desenfreno, resaltando así la idea de un amor erótico, mientras que los esposos caen en lo rutinario del matrimonio subrayando así un amor similar al ágape.

Conclusiones.

Pedro Abelardo ha encarnado la figura del sabio y del intelectual. Su propuesta no solo ha contribuido a comprender su época sino que ha llevado a los hombres de su tiempo a pensar(se) de una forma distinta como la tradición los había



obligado. A un solo hombre le fueron asignados los roles de reformador, filósofo, teólogo, monje y amante. Su nuevo modelo de enseñanza ha instaurado otra visión del mundo, una diferente al de la Baja Edad Media y ha sido condenado al silencio perpetuo. En su teoría no podemos hablar de pedagogía en estricto sentido porque ese es un concepto moderno demasiado lejano a él. En un principio, se había pensado incluir en estas páginas ese concepto: pedagogía; sin embargo, es preferible ser fiel a las épocas y los autores y no poner en sus bocas conceptos que ellos jamás han conocido. Sin embargo, el concepto enseñanza, un poco menos extraño para la época, sería un poco más conveniente, porque si bien no se explicita en ninguna parte en los textos latinos sí se nota en el trasfondo su concepción.

Ahora bien, podemos señalar, aunque sólo sea de paso, que los planteamientos formulados por Abelardo en su época han consolidado un cambio en la metodología de enseñanza - aprendizaje y que, al mismo tiempo, esto le ha acarreado algunos malentendidos con personalidades influyentes de este siglo XII. Sin embargo, ello no fue ningún impedimento para que su voz tuviese un eco y que hubiese quién lo escuchase, aunque sea a través del tiempo y no de una forma inmediata. También partimos del hecho de que todo cambio, toda revolución en cualquier ámbito, va a traer oposición y resistencia, más aún cuando se pretende confrontar a un poder instituido como lo fue la Iglesia en su momento. Sin embargo, cuando el cambio es pertinente y posee argumentos favorables y razonables, la historia misma se encarga de darle su lugar a quién así lo merece, o tal parece que esto le ha sucedido a Pedro Abelardo cuando, años después de su muerte, se encuentran de nuevo sus escritos y al valorarlos de nuevo bajo la luz de otro siglo, pudo tener un reconocimiento más grande.

No pretendemos, bajo ninguna consideración, mencionar que la iglesia haya actuado bien o mal en la época que estudiamos por el hecho de haber condenado las obras de Abelardo. Si comprendemos bien el contexto histórico, podríamos entender que un cambio de esta magnitud pudo haber generado cierto miedo en la Iglesia a perder lo que le había costado siglos en conseguir. Con el paso de los años, fue la Iglesia misma la que ha impulsado y puesto en práctica esta nueva metodología en la enseñanza. Tan solo comentamos en estas palabras finales que la importancia de intelectuales como Pedro Abelardo debe ser reconocida: de esta manera el ámbito de la educación tendría nuevas voces, dependiendo de la lectura que se haga de cada contexto y aplicando, efectivamente, las modificaciones que haya que hacerse para la consecución del mejor modelo de enseñanza-aprendizaje adaptado a las necesidades de cada siglo y de cada cultura. Esto fue algo de lo que comprendió Abelardo en su vida y debería ser un principio rector para nosotros en la actualidad.

Bibliografía.

Abelardo, P. (1944). *Conócete a ti mismo*. Barcelona: Altaya.

_____ (1983). *Historia de Mis Desventuras*. José María Cigüela (trad). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina S.A.

_____ (1988). *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*. Zaragoza: Yalde.

Eckhart, J. (2002). *Vida eterna y Conocimiento Divino*. Miguel Grinberg (trad). Buenos Aires: Deva's.

Escobar Gómez, J-A (2020). *De profetas y eremitas: luces y sombras*. En: *quaest. disput.* 13 (26). 107 - 134.

Herrera Ospina, J. (2010). *La ética de la intención en la Historia Calamitatum de Abelardo: Eros (Pasión) y Ratio (Razón)*. En: *Revista Filosofía UIS*, Volumen 9, número 1 pp. 81 – 98.

_____ (2009). *Triunfo y desgracia en la relación Razón-Amor en Pedro Abelardo*. En: *Revista Temas* Núm. 3. Pp 89 - 100.

MacCulloch, D (2012). *Historia de la Cristiandad*. Debate: Barcelona - España.

Migne, J-P. (1986). *Patrologiæ latina. Cursus completus. Omnium ss. Patrum Doctorum Scriptprunque Ecclesiasticorum. Series Latina. Accurante. Tomus CLXXVIII*. París: Bibliotecæ Universæ.

Soto Posada, G (1999). *Diez aproximaciones al Medioevo*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

_____ (2007). *Filosofía Medieval*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

Vergara Ciordia, J. (2005). *Alcance y sentido de la cultura pedagógica bajomedieval*. *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*. 24: 257-275. Universidad de Salamanca: España.

Washburn, J. (2010). *El papel de la razón en la moralidad: el caso de la ética abelardiana*. En: *Ideas y valores*, núm. 143. Instituto de investigaciones Filosóficas de la Universidad de Costa Rica.

ZUMTHOR, P. (1950). *Abélard et Héloïse. Correspondance*, Paris: Bibliothèque médiévale. Union Générale.